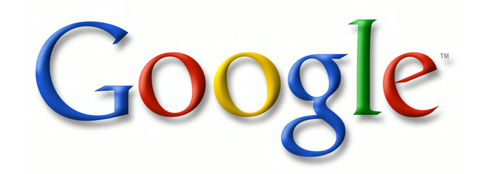
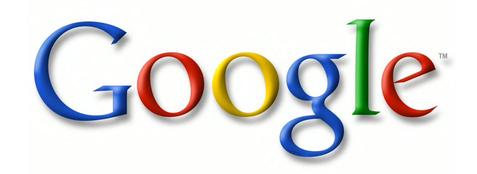
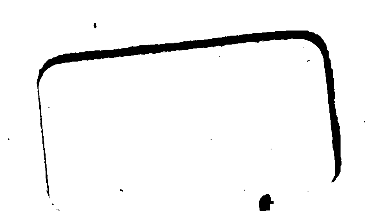










FRANCISCO J. PICHARDO

VOCES NÓMADAS

HABANA
Imp. "La Universal" Obispo 34.
1908

Je ne crains que ceux que j'estime.

A. KARR.

DEDICATORIA

***

Soy el cantor de tu belleza altiva,
El que viene á brindarte en su cadencia
La única ilusión de su existencia
Para que el triunfo de tu orgullo viva.

Sé inexorable como fuiste esquiva,
Y escucha con glacial indiferencia
El último clamor de una conciencia
Que ha sido siempre de tu amor cautiva.

Te la vuelvo otra vez, mi lira triste,
La quejumbrosa lira que me diste
Para llorar tu ausencia y tu desvío;

Era tuya también, tuyo es su acento,
Es tuya la canción y el pensamiento,
Sólo el dolor de lo que canta es mío.

LA CARRETA

Qué triste el carretero
llevando su carreta!
Terciada sobre el hombro la garrocha,
fija la vista en la caldeada arena,
al compás de la marcha de los bueyes
majestuosa y lenta,
parece que va solo por los campos,
solo con su tristeza.

En la estéril sabana,
bajo el sol de la siesta,
el viento no susurra, como antes,
de los oscuros guanos en las pencas,
aquel himno de amor y de esperanzas
y de hermosas promesas
que él escuchó extasiado, mientras iba
por esa misma senda

Pensando en los amores
de la gentil trigueña
que habitaba en el rústico bohío
oculto en la frescura de una ceja
desgarrada del bosque, y que se extiende
del camino á la vera,
como un verde girón que el horizonte
dejó sobre las piedras.

Parece que los campos
su hondo pesar reflejan;
que es más largo el sendero y más angosto,
y que del seno mismo de la tierra,
como calladas y escondidas lágrimas,
brotan las pontezuelas
para llorar con él en la sabana
á la guajira muerta.

Y siente que, á medida
que á la casa se acerca,
la infinita amargura de su alma
con la desgracia de su amor aumenta;
y llora acongojado, porque ha visto
de la amada vivienda
asomar, al través de la espesura,
la cobija deshecha.

Y luego, silenciosas,
las cajas de colmenas,

apagado el fogón bajo el alero
donde impaciente lo aguardaba ella,
derrumbada la horca sobre el pozo,
y las frágiles cepas
de los frondosos plátanos, dobladas
entre el namú y la yerba.

En tanto que los bueyes,
con natural pereza,
caminan resguardándose á la sombra
de los viejos piñones de la cerca;
y, dejando el camino, junto al seto
de mayas aparean
y, fieles al pasado, igual que antes
paran en la tranquera.

Y el gañán desgraciado
en su dolor se anega.
Ve la mirada de los mansos bueyes,
de vaguedad y de misterios llena,
y exclama enternecido, cual si hablara
con la guajira muerta,
en alta voz:—Ya ves, la pobre yunta
también de ti se acuerda.

Y de sus ojos luego
el triste llanto seca
con el raído lienzo de la manga
de su burda y pintada guayabera.
Toca con la garrocha el terso lomo

del buey que va á la izquierda,
y con acento suplicante dice:
—Vamos, *Chambergo*, arrea.

Y la marcha de nuevo
por el camino empieza:
se oye en la inmensa soledad del llano
el rechinar ingrato de las ruedas,
contra el gastado pértigo los bueyes
cansados se recuestan,
y sigue el carretero por los montes
solo con su tristeza.

DANAE

Sobre el lecho encendido de granate
tiembla la carne virginal desnuda,
y estremecido de ansiedad y duda
mórbido el seno amedrentado late.

Sobre la frente la inocencia abate
el ala blanca que al amor escuda,
y entre los labios la caricia muda
libra al sollozo triunfador combate.

Cubre sus ojos, que el misterio embriaga,
húmeda niebla transparente y vaga;
la crespa ola del placer la inunda,
asen sus manos invisible presa,
y desde el cielo azul el dios la besa
y la lluvia de oro la fecunda.

EL TROVADOR

El eterno cantor de sus querellas,
el cancionero triste
que cuando niña oiste
de miedo y de ternura conmovida
cantándote á la luz de las estrellas
la romántica trova de su vida;
el que llevó á tu lecho
en las trémulas notas de su canto
la primera zozobra de tu pecho,
y al eco de su voz, dulce y velada,
hizo surgir el misterioso encanto
del sueño de tu alma enamorada;

El viejo trovador que sus pesares
cantó bajo tu reja,
el que lanzó la queja

de su vida desierta y errabunda
entonando sus lánguidos cantares
al son de su guitarra gemebunda;
el pálido coplero
que trajo á media noche á tu ventana
el tibio rayo del amor primero,
que en el cielo feliz de tu inocencia
tiñó de oro, de violeta y grana
la aurora virginal de tu existencia;

El gentil glosador de las canciones
que oiste en tu desvelo,
al que sintió tu anhelo
de la noche callada en la honda calma
realizando tus vagas ilusiones
cruzar por el secreto de tu alma;
el viajero extraviado
del fantástico cuento de tu infancia,
que vino melancólico y cansado
á perturbar tu corazón tranquilo
implorando á la puerta de tu estancia
á su quebranto y orfandad asilo;

Ha vuelto á tu ventana: aquí lo tienes....
De su guitarra rota
la quejumbrosa nota
no canta como antes sus dolores,
ni llega oculta á acariciar tus sienes
con la casta ilusión de tus amores;
del arpa ya deshecha

la moribunda vibración sonora
que acompañaba la amorosa endecha
se apaga lentamente en el vacío,
y el trovador enmudecido llora
la eterna soledad de tu desvío.

Pero el arpa inmortal de sus delicias,
la que en su seno encierra
los aires de la tierra
donde arrullaron su nevada cuna
del mistral perfumado las caricias
y el rayo enternecido de la luna;
su dicha y su tesoro,
la que inspiraba su ilusión secreta,
el encantado talismán de oro
que salvó su memoria del olvido,
su alma soñadora de poeta....
aun canta como antes á tu oído.

Aun gimen del amante que te adora
las trémulas palabras
pidiéndote que abras
de tu mansión la solitaria puerta,
y á su voz cariñosa que te implora
aun tu voluble corazón despierta.
Y allá en tus soledades,
al través del delirio y la locura
que embriagan tus alegres veleidades,
aun lleva su canción á tu desvío
ese dejo infinito de amargura
que vierte en tus placeres el hastío.

LA CANCION DEL LABRIEGO

Señor: soy el labriego que los terrenos ara:
Con el sudor que brota de mi caldeada frente
Las tierras fecundizo, sazono la simiente,
Y ablando de las piedras la sequedad avara.

Mi mano el negro surco con avidez prepara;
Contra la helada lucho con ánimo valiente;
Y los retoños nuevos para cuidar, paciente
Velo todas las noches hasta que el cielo aclara.

Yo sé querer la tierra: de mis callosas manos
Las rústicas caricias hacen dorar los granos.
Yo crujo en las encinas, yo tiemblo en el arbusto,
Y aguardo en la cosecha mi única alegría.
Yo sé querer la tierra. Señor: vos, que sóis justo,
Decidme si la tierra no debe de ser mía.

PENSAMIENTO

Tiernos como una flor sus labios rojos
vierten sutil aroma,
y en el cristal de sus azules ojos
hondo misterio á la pupila asoma.
Así sus besos á mi amor ofrecen
aquel encanto mismo
que tienen ciertas flores, cuando crecen
al borde de un abismo.

SELVA CUBANA

I

Un cálido perfume bajo la agresta fronda,
envuelto de la tierra fecunda en la humedad,
se alza, y, vaporoso como un suspiro, ronda
en torno del misterio de aquella soledad.

Ni un pájaro que trine, ni un eco que responda
de los vibrantes troncos á la sonoridad;
y sólo el viento, á veces, en su cansada onda
arrastra algún crujido hácia la inmensidad.

De las añosas copas, las gigantescas hebras
de los jagüeyes penden. Las tímidas culebras
semejan, enroscadas, inmóviles raíces.

Del sol un rayo cruza, temblando, el verde tul
y, en una rama seca, metálicos matices
irisa en el plumaje de una torcaza azul.

II

Sobre la gris alfombra de hojas y sarmientos
acecha cauteloso sus presas el reptil,
y de su cuerpo frío los blandos movimientos
dan á las hojas secas cierto temblor senil.

Pasan los perros jíbaros, cansados y sedientos,
mostrando sus agudos colmillos de marfil,
y con sus fauces rojas aspiran en los vientos
de los corrales próximos la emanación sutil.

Burlando las astucias de la traidora caza,
un tímido lagarto para escapar se abraza
á los oscuros troncos é imita sus colores

Cambiando los matices de su escamosa piel.
Y, en torno, las abejas en las silvestres flores
buscan aromas vírgenes para cuajar su miel.

III

Un árbol, desprendido del suelo, ha descubierto
las pálidas raíces que arruina el comején;
y en la espesura, echado sobre el follaje abierto,
los árboles vecinos le sirven de sostén.

Un charco de aguas verdes, al pié del árbol muerto,
arrastra en sus efluvios la nube de jején;
y un buho asustadizo, por el temor despierto,
abre á la luz sus ojos redondos, que no ven.

La selva en aquel punto su lobreguez despeja;
la fronda allí es más verde, la tierra más bermeja.
Y dentro de las aguas, por la centella herido,

Carbonizado casi, un tronco de jiquí,
de musgos coronado, mohoso y carcomido,
parece que es la rústica efigie de un cemí.

SEPULCRAL

Una tarde tan triste como hermosa,
llena tú de letal melancolía,
vendrás á este lugar donde reposa
el sér que sólo para tí vivía.

Vén á rezar por mí; sobre la losa
que cubra el antro de la tumba mía,
hallarás esta rima cariñosa,
esculpida más hondo cada día.

Recita entonces mi postrer poema
y harás que nunca mi recuerdo tema
á la traición del tiempo y de la suerte;
que en mi verso más lúgubre y sentido
te mando desde el seno de la muerte
un talismán de amor contra el olvido.

CONFITEOR

Yo, rimador de pensamientos tristes y de palabras mustias,
Soñador de purezas cariñosas y de caricias puras,
Constante enamorado del Destino, del Hado y la Fortuna,
Confieso los delitos que en mi alma pecadora se ocultan
Y á mí mismo, con hondas inquietudes, de mi falta me acusan.
Confieso que de noche
Cuando miro á la luna
Pálidas claridades
A mi espíritu alumbran,
Y sufro de la muerte
Sugestiones profundas,
Revelaciones íntimas,
Nostalgias prematuras:
Confieso que la luz de las estrellas que los espacios surcan
Me hablan de los cándidos amores de una virgen difunta,
Que en los cielos remotos y serenos con ansiedad me busca
Aguardando á que el dulce juramento que nos unió se cumpla.

Y confieso que tardo
Nuestra dicha futura,
Calmando con mis rimas
Las penas de mi angustia
Que piadosa me arrastra
A la olvidada tumba
Donde la vida eterna
Para siempre nos una.
Confieso mi pecado arrepentido de mi ciega ternura,
De mis versos humildes que mitigan la pena que me abruma
Y de vagar á sólas por el mundo sin olvidarla nunca,
Viviendo solamente del recuerdo, por mi culpa, mi culpa,
Mi grandísima culpa.

FLOR DE INVIERNO

Ha muerto para siempre, triste y sola:
en la callada inmensidad del huerto,
inclinando su pálida corola
sobre la nieve inmaculada, ha muerto.

Ni el beso de la brisa la estremece
ni el sol con sus caricias la colora;
y su aroma sutil se desvanece,
y su lecho de nieve se evapora.

Junto al cadáver de la flor marchita
dorado y mustio el aterido tallo,
como un destello de la luz, imita
del sol opaco el vacilante rayo.

El viento que monótono se aleja
cargado de perfumes y de ecos,
trémulo gime la profunda queja
que arranca al seno de los troncos secos.

Las aves melancólicas se han ido
en busca de otro sol y de otras flores,
y en la rama desnuda tiembla el nido
sin trinos, sin calor y sin amores.

Ya la vida pasó. Sólo la muerte
en la llanura estéril extendida,
en infecundo páramo convierte
la tierra que fué antes florecida.

Y al través de la tierra desolada,
parece que es el cierzo del invierno
el beso misterioso de la nada
á la augusta tristeza de lo eterno.

Beso que canta quejumbroso y triste,
de la pradera en la solemne calma,
como el último beso que me diste,
la endecha de tu amor dentro del alma.

Beso que deja sobre el alma yerta
por el cierzo inclemente del olvido,
como una flor sobre la nieve, muerta,
la triste historia del amor perdido.

PENSAMIENTO

Me enseñaron los tristes desengaños
Que he sufrido durante mi existencia,
Que es el peor de todos los engaños
La engañosa verdad de la experiencia

AL Dr. ESTEBAN BORRERO ECHEVERRIA

Fratres, secundum hominem dico

*
* *

Anima triste que las cuerdas tañe
de su lira de amor, cantando ahora
quebrantos de la suerte, y, soñadora,
aun busca una esperanza que la engañe:

Deja que en llanto redentor se bañe
la tersa rima que en tus labios ora,
sin que la pena que en tu seno mora
el casto verbo de la estrofa empañe.

Eres Vestal del Arte: el sacro oficio
te impone el doloroso sacrificio
de tu fé, de tu amor y tu alegría:

Ante ese Dios inexorable y sumo
como incienso ha de arder tu poesía
para que suba la espiral de humo.

PARA UNA TUMBA

No turbes, caminante, con tu paso
El silencio mortal en torno mío:
Astro errabundo que llegué á mi ocaso,
Sólo tinieblas y reposo ansío.

Aléjate de aquí. Mi cuerpo laso
Descansa inmóvil bajo el mármol frío,
Y ya no puede el implacable acaso
Dar á mi sueño ni ansiedad ni hastío.

Yo expuse muchas veces á tu vista
Un alma melancólica de artista
Que hizo del llanto su canción sonora,
Sin que lograra á compasión moverte.
No te acerques á mí, temblando, ahora:
Yo no le temo como tú á la muerte.

SIN TI

I

Ven á ver estos prados, alma mía:
Ha vuelto la lozana primavera,
Y de la flor primera
El sonrosado cáliz nos ofrece
El aroma sutil de la alegría;
Cual la nieve del prado, desparece
Del pálido recuerdo el triste manto,
Y al suave soplo del amor mecida,
La flor de la esperanza y el encanto
Vuelve de nuevo á perfumar la vida.

II

Ya comienza á brotar entre la grama,
Cubierta de rocío transparente,
La escondida simiente;

Tímida irguiendo el tembloroso tallo,
De níveos brotes el verdor recama;
Y del naciente sol al tibio rayo,
Que los capullos trémulos colora,
Vierte la flor su virginal esencia,
Dando al rayo de luz que la enamora,
A la par que su aroma, su existencia.

III

Ya vuelven á nacer las ilusiones
Y, deshechas las nieblas invernales,
Los viejos ideales
Otra vez en el alma se levantan;
De la dicha las plácidas visiones
Las breves horas de la vida encantan;
Y esparcen al nacer las frescas flores
Amarillas y rojas del beleño
La dulce languidez de los amores
Y la embriaguez secreta del ensueño.

IV

Parece que aun suspira en las corolas
El soplo melancólico y ligero
Del hálito postrero
Que el seno de las flores exhalaba
En el silencio de la noche, á sólas,
Cuando el cierzo entre sombras las besaba
Y caían las flores entreabiertas
Al beso misterioso, helado y breve,
Y aromaban aún después de muertas
La blancura inclemente de la nieve.

V

Parece que otra vez el alma goza
Con inefable y lánguida delicia
La íntima caricia
Que en la conciencia inmarcesible deja,
Junto al recuerdo triste que solloza,
El cariñoso arrullo de la queja;
La queja enamorada que murmura,
Al través de la ausencia y del olvido,
El eco de la última ternura
De la sola mujer que se ha querido.

VI

Ven á ver estos prados, todo nace
Otra vez á la vida, aún más hermosa;
La alegre mariposa
El dulce néctar de las flores liba;
Quieto el ganado en las dehesas pace;
Entre las redes del amor cautiva
El ave canta en la remota selva;
La blanca oveja entre los riscos bala;
Y el cándido zagal, para que vuelva,
Quejumbroso le canta á la zagala.

VII

Sólo la senda silenciosa y triste
Que surca la llanura florecida,
En medio de la vida
Que esparce la fecunda primavera,

Estéril y monótona persiste
Cruzando lentamente la pradera;
Semejando que muere en lontananza
Sobre la falda del oscuro monte,
Cuando incansable y sin cesar avanza
A buscar otra vez otro horizonte.

VIII

Sólo la senda silenciosa y triste
Parece que no vive, que está muerta;
Que en su extensión desierta
Aun flota la negrura de aquel día
Inolvidable y cruel en que te fuiste
Llevándote contigo el alma mía....
Y parece otra vez que vuelvo á verte
Cruzando como entonces el camino,
Inmutable y tenaz como la muerte,
Indiferente y muda como el sino.

VERSO DE AMOR

Yo no tengo una musa que me inspire á deshora,
ni laureados trofeos engalanan mi sien,
pero soy un poeta porque os amo, señora,
y conozco caricias que son versos también.

Si mi rima es humilde, mi palabra es sonora,
y tendrá los acentos que á mi canto le den
cuatro cuerdas de oro que mi lira atesora:
la ilusión, la constancia, la ternura y el bien.

Esta lira es el alma del amor que os profeso.
Si decís mis poemas, el susurro de un beso
Sentiréis en los labios como un roce furtivo;

Y al sentirlo, señora, pensaréis que yo soy
El que os prende en el alma, como un verso cautivo,
Este beso armonioso que en los labios os doy.

TU PIANO

A veces solo y triste
en medio de las sombras de la noche
temblando voy al piano que aun se halla
en el mismo lugar que estaba entonces,
empolvado el barniz de sus maderas
y sus lucientes cobres.

Mas siempre que lo abro siento el alma
desgarrarse á girones:
que en el seno del piano envejecido,
del aire que penetra al débil roce,
las cuerdas enmohecidas se estremecen
y sollozan tu nombre.

EL JAMELGO

Cual antes la armazón del rudo carro,
con incansable y natural paciencia
arrastra lentamente la existencia
manchado del camino por el barro.

A la sombra escondido del chaparro
dormita con inquieta somnolencia,
y agita con ridícula insistencia
las sucias crines del desnudo marro.

A los retozos de la recua ageno
el mejor tallo de la yerba arranca,
más fresca el agua sus hijares hincha.

Y ya su vientre deformado lleno,
huye á la burla de la cruel potranca
y en un espasmo de dolor relincha.

ADIOS

En la tranquila estancia
no esparce como antes su fragancia
la predilecta flor;
de su amada violeta
marchita y empolvada la maceta
está en el tocador.

Y las sencillas flores
se secan lentamente á los rigores
de su suerte fatal,
velando día tras día,
enfrente del espejo, su agonía
que retrata el cristal.

Como un blanco sudario,
las sábanas del lecho solitario
inmóviles están;

de su eterno reposo,
ni el desvelo ni el sueño vaporoso
las noches turbarán.

Su lánguida blancura
parece que es la nívea sepultura
de una casta visión;
el lecho donde duerme,
como una virgen pálida é inerme,
la última ilusión.

Ya el sol á la ventana
no viene como antes, de mañana,
sus rayos á tejer;
y de la triste reja
opaco y melancólico se aleja
nuestra desgracia al ver....

Sentados frente á frente,
sentimos que se cierne en el ambiente,
tras el afán febril,
como un intenso frío
que llega á nuestras almas, del hastío
el hálito sutil.

Y, pensando lo mismo,
no podemos romper el cruel mutismo
ninguno de los dos;
sin pena ni alegría,
pacientes, cada uno espera el día
que el otro diga adiós.

MI BRINDIS

Oh vino embriagador. Lágrima santa.
Tú animas el festín, tú solo eres
El que traes á este sitio los placeres
Y el dulce engaño que la fiesta encanta.

De tu seno voluble se levanta,
Como del seno cruel de las mujeres,
Un rayo de esperanzas conque hieres
El alma del poeta que te canta.

Tú viertes el contento y la ternura
En los labios que beben tu dulzura.
Mas yo á tu magia mi inquietud no rindo,
Que en medio del placer y de la orgía
Parece que la copa en que yo brindo
Para mí nada más está vacía.

HERMANAS

No temas, mi vida; si tú no me engañas,
si sé que me mientes
y que el dulce beso conque tú me embriagas
es sólo una gota
de acíbar que envuelve la miel de tu gracia,
un grato perfume
que vierte marchita la flor de tu alma;
y son tus sonrisas
las heces amargas
que deja en tus labios la triste promesa
de la dicha falsa.
Yo bien lo conozco, mi amor lo adivina
en tu frente pálida,
en el eco ténue que hacen tus palabras,
en el brillo incierto
que en tus ojos vaga,

y en la suave sombra que en tu rostro extienden
tus negras pestañas.

—

Y por eso mismo, porque sé que guardas
para tí las penas
y á mi amor ofreces tus fingidas ansias,
yo sé que tenemos
dos almas iguales, enfermas y hermanas
que cruzan la vida
de culpas agenas llevando las manchas
y enormes tristezas
de historias extrañas,
impuros anhelos y fatales sinos
de eternas desgracias.
Yo bien lo conozco, escucho las voces
de herencias atávicas:
las oigo en mis rimas que siempre te cantan,
las oigo en mis quejas,
y en las horas largas
de mis noches solas en que mis amores
de morir me hablan.

TRITON

Desde las playas tristes de la remota Eubea
Llevando su cohorte de mónstruos y delfines,
Entre las verdes olas rodando á los confines,
De Poseidón el carro sobre la mar ondea.

De los corceles negros el sol la piel orea
Mientras la albura acrece de las nevadas crines,
Y en la triunfante lanza, de los ignotos fines
Antorcha misteriosa, la muerte parpadea.

Y tímida Amimona y Démeter fecunda
Lo buscan y lo abrazan, y Anfítrite profunda
Le brinda su amplio seno, tranquila y rumorosa.

Recitan las nereidas su amor en sus canciones
Y en sus secretas conchas de nácar y de rosa
Los ritmos vagabundos recogen los tritones.

SECRETA

Vosotras lo sabéis, blancas estrellas,
porque habéis escuchado á media noche
del lánguido cantar de mis querellas
el quejumbroso son;
Y también escuchásteis, en la hora
solemne y misteriosa de sus rezos,
de su alma creyente y soñadora
la fèrvida oración.

Vosotras lo sabéis, porque mil veces
desde el silencio oscuro de su celda
ha llegado á vosotras de sus preces
el tímido rumor;
Y otras tantas también de mis canciones
ha llegado á vosotras el lamento
mezclando á sus humildes oraciones
la queja de mi amor.

Y al través del espacio confundidas
nuestras tristes palabras suplicantes
tras la celeste inmensidad unidas
hasta llegar á Dios,
han contado á los cielos el quebranto
de dos almas que errantes en el mundo
sólo han tenido en su tristeza un llanto
para llorar las dos.

AZUL

I

Diáfano y triste su mirar sereno
La honda ternura de su amor revela,
Y en sus destellos candorosos riela
Un vago encanto de purezas lleno.

Al desengaño y la maldad ageno
Su casto sueño la inocencia vela,
Y de sus ansias sonrosada estela
Traza el temor en su nevado seno.

Y en su pálida frente la esperanza
Arrulla adormecidos ideales
De regiones remotas y tranquilas
Que errabundas contempla en lontananza,
Al través de ilusiones virginales,
El azul sideral de sus pupilas.

II

Tierna y voluble su mirada incierta
La oscura senda de su vida indaga,
Y amedrentada de sí misma, vaga
En pos de un sueño que á explicar no acierta.

De su existencia en la orfandad desierta,
Sólo el encanto del amor le halaga,
Y su inconsciencia en la ficción apaga
La sed del alma que al amor despierta.

Y del engaño la mortal dulzura
Vierte en el nácar de su falso seno
Y en el misterio de sus negros ojos
Ese dejo indeciso de ternura
Que tiene la perfidia del veneno
En la tibieza de sus labios rojos.

EL TRAPICHE

Era el viejo trapiche de madera,
el que molió las cañas
nacidas al calor de la primera
fértil fecundación de las entrañas
de las vírgenes tierras lujuriosas,
que sus pródigos senos
dieron voluptuosas
á las caricias dulces, pero extrañas,
de gérmenes agenos.

El trapiche de bueyes
que lento y perezoso se movía,
dando á la animación de los bateyes
la rústica alegría
de sus blancas maderas perfumadas,
que á los montes vecinos
arrancaron á golpes las cansadas
hachas de los esclavos campesinos.

De la yunta maestra
á la pértiga uncida
la marcha siempre igual, hábil y diestra,
por la faena habitual medida,
parece que acompasa
los monótonos ruidos de la casa:

El íntimo crujir de las espigas
de las gastadas piezas
que cuentan á las muescas sus fatigas
al roce de sus hondas asperezas;
el lento tropezar de los piñones
que en marchas invariables y seguras
van repitiendo siempre sus canciones
á las mismas ranuras;

Y la queja doliente del molino
que prolongada gime,
mientras el llanto dulce y cristalino
del tierno tallo que la maza exprime,
en tímidos raudales
parece que en silencio se dilata,
inmóvil, dibujando en las canales
una cinta de plata.

En tanto que, apagados y lejanos,
del canto de los negros africanos
que en los confines lánguido se pierde,
se oyen los roncos dejos guturales
en la tristeza rumorosa y verde
de los cañaverales.

Oh rústico trapiche, tú tenías
hondas melancolías
que en las solemnes calmas
de los agrestes campos recogiste,
en el susurro errante de las palmas
inmensamente triste,
en las remotas selvas que perfuma
del plañidero cedro la resina,
en la pálida hoja blanquecina
de la frágil yagruma,
en la sutil fragancia
del corpulento jobo,
y en la salvaje y áspera arrogancia
solitaria y tenaz del algarrobo.

Es tuyo mi cantar, oh viejo amigo,
de mi niñez romántica testigo.
Tus rubios camellones de bagazos
fueron los tibios y mullidos brazos
donde encontraba cariñoso abrigo
el sueño de mi rústica inocencia,
y en los bateyes aprendí contigo
á cantar el dolor de la existencia.

PENSAMIENTO

Su recuerdo implacable es una carga
Que con deleite á mi pesar soporto;
Porque con él á cuestas hago larga
La pena de un tormento que hallé corto.

CRUELDAD

Inclemente deidad, vuestros engaños,
cual gérmenes de flores infelices
sembrados en mi pecho, sus raíces
hunden en mi dolor años tras años.

Allí de mis tristezas y mis daños
absorben, en las hondas cicatrices
del alma lacerada, los matices
oscuros de sus pétalos extraños.

Y por eso en mi pecho todavía
perfuma más lozana cada día,
junto al áspero olor de los abrojos,
la flor de los hechizos más perversos:
la que aromaba en vuestros labios rojos
la estrofa predilecta de mis versos.

TUYAS Y MIAS

En este libro de mis canciones
verás algunas
que alegres viven junto á las otras
tristes y mustias:
son las que tienen el suave aroma
de tu ternura,
y el áspid dulce de tus caricias;
como esas flores que el campo oculta
entre breñales,
y el aire envenenan, á par que perfuman,
sus blancas corolas;
que la mente embriagan y las almas turban
y morir nos brindan
como el goce eterno que el ensueño busca.
Esas canciones
que dicha auguran,
falsas y crueles,
esas son tuyas.

También hay otras que languidecen,
y que, marchitas,
como esas flores de los caminos
que nadie cuida,
viven á solas y á los que pasan
su aroma brindan;
son las que tienen en sus corolas
el color triste de las envidias,
y que, olvidadas,
el viajero á veces al cruzar las pisa;
flores infelices
que el azul del cielo pálidas imitan,
y á la luz y al aire
de otro mundo lejos sin cesar aspiran.
Esas que gimen
grandes desdichas
hondas y amargas,
esas son mías.

—

Y luego aquellas, las que susurran
trémulas rimas,
las que conservan palabras ténues
de nuestras citas,
las que son flores que el verde campo
de amor matizan
al tibio rayo del sol fecundo
que trae el brote de la semilla,
las que repiten
frases de tus labios rojos aprendidas,
promesas que mueren
y luego á la noche muda resucitan,

y un recuerdo siempre
del fatal pasado vuelven á la vida
Esas canciones,
mis favoritas,
esas son nuestras,
tuyas y mías.

LA HERRADURA

Seguro vencedor en la contienda,
Esbelto y ágil, el corcel avanza,
Y, entre nubes de polvo, la esperanza
Del triunfo dora la reñida senda.

Al aire suelta la flotante rienda,
Con ciega furia á combatir se lanza;
Y ya orgulloso á recoger alcanza
Del noble empeño la anhelada prenda,

Cuando implacable el traicionero sino
Del casco presto á conquistar la gloria
Desprende la herradura en el camino;

Y, fatídico rastro de su historia,
La muestra á sus contrarios el destino,
Convertida en presagio de victoria.

MIS CELOS

Tu cariñoso recuerdo
á mis tristes soledades
siempre llega,
y la duda en que me pierdo
recordando tus crueldades
mi alma anega
en los pérfidos placeres
que tenían tus engaños
de otros días,
cuando eran mis padeceres
padecimientos extraños
de alegrías.

Cuando posado en tu seno
pensé, fiel y enamorado,
con tristeza,

que era tu amor un veneno
que tenía del pasado
la impureza;
del pasado que viviste
antes de que yo te amara,
y soñaste,
y alguna visión tuviste
que en el sueño te agradara
y la amaste.

Y de tu dulce caricia
aumentaba mi recelo
la ternura,
porque era tanta delicia
la que inspiraba tu anhelo
de ventura,
que en tu amarga soledad
hubieras tú sucumbido
al dolor
que inspiraba á tu ansiedad
el encanto presentido
del amor.

Que constante, puro y hondo,
era tu cariño intenso
el caudal
que en su tenebroso fondo
oculto guarda el inmenso
manantial,
que en su propio sér se esconde,
de su mismo seno brota,

y perdido,
sin que nadie sepa donde,
igual que nace se agota,
escondido.

Como la silvestre flor
vierte al aire su perfume
triste y sola,
y por brindarnos su olor
su breve vida consume
la corola,
que presto muere marchita
en la llanura desierta
y olvidada,
donde la voz infinita
del viento, el temor despierta
de la nada;

Así era tu ternura
manantial de tus amores,
que brotaron
de la perenne amargura
que fantásticos dolores
te causaron;
así tu cariño era
silvestre y hermosa planta
florecida
y marchita en la pradera
donde helado el cierzo canta
de la vida.

Esos son mis tristes celos:
la ilusión que habías soñado,
tu alegría
y tus ocultos anhelos,
y aquel encanto ignorado
que surgía
desde el fondo de tu alma
hasta tu pálida frente
soñadora,
brindando la incierta calma
de la onda transparente
y traidora.

Ese es mi dolor profundo:
tu hermosura y tu inconsciencia
dulce y triste;
cuanto has gozado en el mundo
ó el dolor de tu existencia
si sufriste;
tus penas y tus placeres,
y todo cuanto ha podido
poseerte....
Hasta el misterio que eres
hoy en el seno escondido
de la muerte.

SAFO

Ven á la selva solitaria y muda,
Que á la sombra escondida del ramaje,
Donde la fiebre de su amor salvaje
La bestia en celo dormitando suda,

Sobre la tierra humedecida y ruda
He mullido tu lecho en el follaje;
Ven.... que á girones arranqué mi traje
Porque mejor te esperaré desnuda.

Te aguardo estremecida en este lecho
Y honda tormenta en mis entrañas muje;
Tiembla anhelante de placer mi pecho,
Fiera caricia entre mis brazos cruje,
Y de mis ansias vendabal deshecho
El beso ardiente entre mis labios ruje.

JEDUQUE MORIBUNDO

(Canto Eslavo)

Yo soy Gabriel Yapol. Aguila blanca,
cuando tu pico arranca
del vientre del panduro
la entraña enrojecida,
yo soy el que alimento te procuro
quitándole la vida.

Hoy traje en mi morral doce cartuchos,
y ahí ven tus aguiluchos
que á su voraz rapiña
mi brazo les ofrece
doce muertos que están en la campiña;
mas ellos eran trece.

Y Betzai el traidor, el que ha quedado,
cobarde me ha matado.
Y antes que tu pico
en mí se sacie fiero,
antigua águila blanca, te suplico
este favor postrero:

Recoje mi morral manchado y roto
y ve al hogar remoto
donde Jorge mi hermano
junto á mis padres mora,
y dile que le ruego que su mano
me sea vengadora.

Desata de mi cuello este pañuelo,
emprende el raudo vuelo
de nuestra tierra eslava
hasta la vieja aldea,
y, de mi amor, para la hermosa Kava,
santa reliquia sea....

El águila rapaz voló al instante
hasta el pueblo distante,
y á la casa paterna
fué á cumplir su destino;
pero á Jorge no halló, que en la taberna
estaba ebrio de vino.

Y entonces voló el águila altanera
á llevar la postrera
enseña cariñosa
de amor ardiente y puro,
y halló que iba la Kava á ser la esposa
de Betzai el panduro.

EL PRECEPTO

Hermano, trabajemos: la simiente
Dentro del surco fértil escondida
Ha madurado ya: de savia henchida
Pugna buscando libertad y ambiente.

Si queremos que pródiga reviente
Y que el grano en sazón surja á la vida,
Ablandemos la tierra endurecida
Con el acre sudor de nuestra frente.

La vida es redención: con el trabajo
A diario hay que ganarla, tajo á tajo.
Es pecado vivir unos de otros:

Nos redime el trabajo y no la guerra.
Para comer el pan que es de nosotros,
Todos tenemos que labrar la tierra.

DULCES PALABRAS

Dulces palabras de mis amores,
tiernas caricias de mis ensueños,
para la estrofa de mis dolores,
de los arrullos de aquellos sueños
dadme los dejos embriagadores.

Dadme esa vaga melancolía
que como un soplo de dicha lanza
en el silencio del alma mía,
no sé si el eco de una alegría
ó si el suspiro de una esperanza.

Que en la amargura de mis pesares,
cual tenue soplo que se desliza
rizando espumas sobre los mares,
el ansia trémula á veces riza
la blanca espuma de mis cantares.

Débil espuma que triste canta
mientras temblando se desvanece,
y que la duda perenne ofrece
si es de la ola que se levanta
ó es de la estela que desparece.

Dadme el acento que enternecido
gimió mi labio junto á su oído,
para contarle mi eterna cuita,
entre sus brazos adormecido
en el misterio de nuestra cita.

Dadme la trova que á su belleza
cantó inspirado mi pensamiento,
la dulce trova que en su terneza
quizás llevaba de mi tristeza
como el lejano presentimiento.

Dadme el anhelo, dadme la queja,
lo que en las almas el sueño deja,
lo que en mis versos decirle quiero:
que canto y lloro porque se aleja,
que lloro y canto porque la espero.

TU MACETA

Ya tu maceta de camelias rojas
va perdiendo sus lúcidos colores
y sobre el verde mate de las hojas
se apaga el encarnado de las flores.

Así muere en mi alma sin consuelo
con idéntica y triste semejanza
sobre la débil ansia del anhelo
la vaga placidez de la esperanza.

RITMOS ETERNOS

Al Sr. Fernando de Zayas

"El verso es como el mar y como el cielo,
es más, el verso es como el alma".

F. Uhrbach.

I

MAR....

Poeta, son mis ondas los versos de una estancia
que gime con acentos profundos su inquietud;
tienen mis amarguras, como una flor, fragancia,
y, en cambio, hay en mis flores más tiernas acritud.

Arrastro mi tristeza con íntima arrogancia,
y siento en torno mío, como una beatitud,
la gran melancolía del tiempo y la distancia
que cruzan solitarios mi inmensa latitud.

En mí, todas las cosas profundamente duermen,
la muerte es como un fósil, la vida es sólo un germen.
Diana, la musa triste, de noche me visita,

Y yo la traigo, en sueños de espumas y de sal,
al fondo, donde oculto, para gozar su cita,
un tálamo de estrellas y un bosque de coral.

II

CIELO....

Mi verso es un celaje de nácar ó topacio
envuelto en los matices de un místico arrebol;
un pensamiento puro, que, á sucumbir reacio,
se aleja de la tierra para acercarse al sol.

Celaje que, en la comba del encendido espacio,
parece una burbuja de oro en un crisol:
mi rima es una reina que lleva en su palacio
de un horizonte á otro su enseña tornasol.

Por eso, porque es reina, quisiera ser amante,
y sube, sube y sube tras la visión errante
de un éxtasis divino que su vivir inquieta.

Su cuerpo es transparente, su espíritu es la luz;
y para los insomnios nocturnos del poeta
tiene una Cabellera, su Lira y una Cruz.

III

ALMA....

Mi verso es la palabra dicha con el latido
más rítmico y sonoro que mueve al corazón;
el nombre de la amante, la voz de un sér querido:
es algo que aunque existe no es más que una ilusión.

Quizás es el recuerdo por la esperanza herido
que traza un arco-iris igual que una canción.
Es lo que no padece más muerte que el olvido:
la sangre-pensamiento, la idea-vibración.

La fibra de una entraña que en mi laúd suspira;
mi entraña con las cuerdas de oro de una lira.
Y así mi musa á veces es diosa ó es humana,

Es virgen que traiciona ó es una etaira fiel:
hizo al amor poeta, é, idólatra y liviana,
después que á su dios hizo se enamoró de él.

LEYENDA

Oíd la leyenda que, á través del tiempo
y de la distancia,
un cubano tiene con hondas heridas
escrita en el alma;
es la historia triste del amor perdido
en la tierra extraña,
donde, errante y solo, llevando en el pecho
la dulce nostalgia
del viejo bohío, de los verdes campos
de la hermosa patria,
el pobre emigrado contó sus tristezas
con tiernas palabras
á la rubia amante que guió sus pasos
en la niebla opaca
de un suelo lejano, que pueblan mujeres
de pupilas claras;
mujeres que ocultan profundos misterios
de historias románticas,

y en su seno encierran volubles amores
y crueles venganzas.

—

El joven poeta cantóle al oído
la trova cubana;
la trova aprendida al ronco susurro
de las verdes palmas,
y que lleva siempre, como una caricia,
en sus notas lánguidas,
el tímido arrullo que gime en la selva
la oscura torcaza;
el hondo quejido que arranca á los troncos
de los negros ácanas
el viento, que bate trayendo el aroma
del millo y la malva;
el canto pausado que tañe en las pencas
de la yuraguana
la brisa errabunda que va perezosa
á posar sus alas
sobre el dulce tallo gemebundo y tierno
de las verdes cañas,
donde el suave soplo parece que cuenta
su historia pasada:
la historia que dicen á la lenta brisa
la estéril sabana,
las flores silvestres, las tierras bermejas,
las frescas cañadas,
y toda esa vida cuajada de encantos,
poesías y lágrimas,
que encierra en su seno amoroso y fecundo
la tierra cubana....

Y luego, más tarde, huyóse la amante,
la rubia, la pálida;
la que al peregrino mostró de la dicha
la senda fantástica.
Y el pobre cubano á su hogar ha vuelto,
buscando la calma
y el dulce cariño del tibio regazo
de su tierra cálida....

—

Pero el viento ahora, como el eco amado
de una voz lejana,
á su patria cuenta, zumbando monótono
en las guardarrayas,
en el viejo guano que cubre el bohío
y en las secas yaguas,
la triste leyenda que tiene un cubano
escrita en el alma.

FATALIDAD

No me culpéis, señora: fué el destino
Quien os expuso á mi implacable suerte.
Aquel hechizo conque amor convierte
El sueño en realidad, con vos no vino.

Más solo al lado vuestro, en el camino
Sigo que me conduce á oscura muerte;
Y sin que el bien que me negáis acierte
A deciros cuál es, la frente inclino.

Víctima soy de la tenaz fortuna,
Y porque á vos á mi dolor no una
La fatídica estrella que me guía,
De aquel amor que os inspiré me alejo,
Pero al irme, señora, con vos dejo
Cuanto pudo forjar mi fantasía.

MADRIGAL

En el claro color de tus cabellos
comprendo, amada mía, que me dices
que son tus pensamientos, como ellos,
de nítidos matices.
Asoma el pensamiento á tus pupilas
su profunda pureza, y los destellos
de tus miradas, claras y tranquilas,
son como tus cabellos.

Y es que del alma que en tu pecho mora
la ternura al surgir, entre sonrojos,
forma en tu frente una celeste aurora
de luz, con tus cabellos y tus ojos.

TU RECUERDO

Tu recuerdo,
tu recuerdo cariñoso que mis tristes soledades melancólico acompaña,
como el eco que despierta los rumores escondidos en la estepa solitaria,
en el fúnebre desierto
y silencio de tu casa,
reproduce
tus palabras;
y su acento, siempre triste,
apagado por la ausencia, por el tiempo y la distancia,
en el lánguido mutismo que entristece á todas horas
la mansión abandonada,
dulce y tierno,
lento y suave,
se dilata.
Y en los huecos de las puertas donde tejen sus cendales transparentes las arañas,
en las grietas tenebrosas donde duermen escondidas las cigarras,
en los átomos que giran
á los rayos de luz ténue que difunden las ventanas,

y en el piso y en el techo y las paredes,
y en la húmeda tibieza que despiden las estancias,
un crujido misterioso, que del seno de las cosas se desprende,
flota y vaga,
y parece que se queja,
y parece que te llama
y parece que te llama
y parece que te llama.

Tu recuerdo,
tu recuerdo inmaculado, á través de mis angustias, mis zozobras y mis ansias,
á través de las congojas
y perennes agonías de mi alma,
de tu amor y tus encantos
á mi espíritu le habla.
Y tu voz, ágil y trémula, en las íntimas tristezas y amarguras de mi vida
se propaga,
esparciendo tu alegría y la luz de tus miradas
y el candor y la ternura de tus sienes
y tu frente pálida;
y tú misma,
y tú misma,
y tú misma, viva y cierta, real y humana,
desde el fondo del pasado, del secreto de la muerte y el misterio de la nada,
me sonríes y te acercas,
me sonríes y te acercas,
me sonríes y te acercas
á decirme estremecida que me amas.
Oh el recuerdo cariñoso que mis tristes soledades melancólico acompaña!
Oh mis tristes soledades donde vierte tu recuerdo mis cadencias y mis lágrimas!

LUNA ERRANTE

La luna peregrina su tránsito demora
del solariego alcázar en la ruinosa almena,
y tierna como antes, inmóvil y serena,
aguarda de la cita la afortunada hora.

Mas en el viejo musgo y en la silvestre flora
ni el hálito de un beso de los amantes suena,
y en el lejano oriente, de timideces llena,
á difundir empieza su claridad la aurora.

De la secreta cita perdida la esperanza,
la luna palidece mientras la luz avanza;
emprende nuevamente su marcha peregrina,
y en los confines luego, como un postrer reproche,
fija su vista opaca sobre la muda ruina;
y siempre tras la cita se hunde en otra noche.

PARA TI

Estos versos de mis rimas insonoras,
sin medida, ni cadencias, ni poesía,
son los tristes pensamientos de esas horas
en que á veces te recuerdo todavía.

Esas horas de tristezas infinitas
en que lloro los encantos que perdí,
y en que siento que en mi pena me visitas
y hago versos solamente para ti;

Cuando vierten en la noche los misterios
de sus alas invisibles el rumor,
y las sombras convertidas en salterios
cantan himnos religiosos al amor;

Cuando el alma conmovida se despierta
al reclamo de su esencia divinal,
y se siente como surge real y cierta
la existencia, que anhelamos, inmortal;

Cuando todo lo que vive se conmueve
del silencio las caricias al sentir
como un soplo de la muerte que se atreve
con sus besos á la vida á seducir;

Mientras velo recordando nuestras citas
y las pruebas de cariño que te di
y te siento que en mi pena me visitas
y hago versos solamente para ti.

TU Y YO

Siempre el sereno azul de tu pupila,
Siempre la luz que tu mirar destella,
Como en la eterna inmensidad tranquila
El brillo misterioso de una estrella.

Siempre la sombra triste de la duda,
Siempre el afán de mi insaciable empeño,
Como en la noche tenebrosa y muda
El fantasma fatídico de un sueño.

PENSAMIENTO

Ha sido tan sangrienta mi porfía
Que hizo estéril su cruento sacrificio;
Pues siempre que arranqué de su alma un vicio
Arranqué de mi pecho una alegría.

Y VI TUS OJOS

Iba por el sendero de la existencia
solo, como el proscrito por tierra extraña,
el espíritu triste por la conciencia
y el cuerpo desgarrado por la cizaña.
Pero soñaba á veces en mi camino,
viendo nacer las flores en los abrojos,
que en la estéril angustia de mi destino
los encantos brotaban.... y ví tus ojos.

Eran tus claros ojos los que veía
en mis horas amargas de caminante,
cuando la vista llena de fé volvía
al espacio sereno, mudo y distante.
Y en la senda sin ruidos y solitaria
te adoré muchas veces puesto de hinojos:
que en el éxtasis puro de mi plegaria
siempre miré á los cielos.... y ví tus ojos.

EN MI RETRATO

Á M. M.

Este es mi cuerpo, el quebrantado amigo
de mi espíritu triste y errabundo,
el que vaga incansable por el mundo
llevando siempre la inquietud consigo.

De mi desvelo y mi ansiedad testigo,
sabe el secreto de mi amor profundo,
y ha escuchado el acento gemebundo
en que habla á solas mi ilusión contigo.

Él te puede contar la amarga historia
de un alma en busca de la dicha incierta
entre las sombras del dolor perdida;
y él te dirá también que tu memoria
es el único encanto que despierta
la postrera esperanza de mi vida.

POR QUE

Qué viejo aroma exhala
esta marchita flor del pensamiento
que al tibio soplo iguala
del perfumado aliento
que calmó de mis ansias el tormento?

Qué dejo vagabundo
gime en las cuerdas de mi rota lira
el eco moribundo
que trémulo suspira
una canción que en mi pasado expira?

Quién trae á mi memoria,
como un recuerdo cariñoso y triste,
la dolorosa historia
de la que ya no existe
y el denso velo del misterio viste?

Qué hado cruel y adverso
en el silencio de mi insomnio deja,
en el rumor de un verso,
la vaporosa queja
de un alma enamorada que se aleja?

Por qué tiene mi rima
una sola palabra de ternura
para que el alma gima
la pena y la amargura
del recuerdo inmortal que la tortura?

Será que acaso brota
del mismo seno de la estéril nada
esta canción remota,
como en la tumba helada
crece la flor silvestre abandonada?

Oh, sí, que el polvo yerto
del mísero cadáver, convertido
en solitario huerto,
perfuma florecido
las márgenes calladas del olvido.

Y del dolor y el llanto
de la ilusión de nuestro amor deshecha
surge el pasado encanto
en la doliente endecha
con tu recuerdo y mis palabras hecha.

MENSAJE

Melancólico rayo de la luna
que vas á media noche á su ventana,
dile que, fiera, á su traición liviana
de la venganza la crueldad no una.

Que piadosa al rigor de mi fortuna,
de su belleza y su poder ufana,
no brinde á mis dolores, inhumana,
la engañosa ilusión que me importuna.

Que me deje vivir solo y tranquilo,
que á mi orfandad ofrecerá su asilo,
tras la lenta agonía de mi suerte,
el silencio magnánimo y sereno
del antro enmudecido de la muerte,
helado y tenebroso cual su seno.

ROMANTICA

Yo soy como la linfa de aquel río
que arrastra por el prado
el canto de sus penas
al ritmo sosegado
que mueven en su cauce las arenas,
y el lento murmurío
de su voz melancólica y tranquila
parece que semeja
el monótono ruido de la esquila
de la cansada oveja,
la brisa rumurosa,
el hondo suspirar de los pastores,
y el suave soplo que en la selva umbrosa
susurra entre las flores
la inquíeta mariposa.

Yo vengo de las luengas soledades
donde aprendí á quererte,
donde soñé contigo;
de tu voluble suerte
la oscura senda enamorado sigo,
y llego á las ciudades
á calmar el afán de tu existencia
con el cantar lejano
que arrastra la sonora transparencia
del río sobre el llano.
Aquel cantar que oímos
en el celeste ensueño de aquel día
en que los dos sentimos
el beso virginal de la poesía
del suelo en que nacimos.

Yo soy el viejo tiesto de claveles
que al pie de tu ventana
en impaciente espera
abrió su flor temprana
para adornar tu rubia cabellera.
El que sus flores, fieles
á tu caricia inolvidable, á solas
despierta cada día
para poder brindarte sus corolas
húmedas todavía.
Aquel cuya maceta
silvestre y perfumada, á media noche,
para arrullarte en tu ansiedad secreta,
rompía en cada broche
el verso de un poeta.

Yo soy el viejo amigo de tu pena,
el de la estrofa triste
de prolongados dejos
que á media noche oiste
como una voz errante, que á lo lejos
te hablaba de ser buena,
de volver al lugar y á la campiña
y á aquella humilde choza
que amaste tiernamente cuando niña.
El que en tu sueño esboza
el amplio panorama
romántico y tranquilo de la aldea,
donde del árbol en la verde rama
cuando el ave gorgea
parece que te llama.

Vuelve otra vez al prado, dulce amiga;
que en la remota calma
de las tupidas selvas
errante gime un alma
llorando amargamente porque vuelvas;
un alma que mitiga
la infinita ansiedad de sus congojas
oyendo tu suspiro
en el trémulo canto de las hojas
que llega á su retiro:
el alma plañidera
del rústico pastor que su rebaño
aquieta en la pradera
cantando todavía el dulce engaño
de su ilusión primera.

A UN RECUERDO

Del misterio profundo tu sombra se levanta
Brindando á mis dolores el pérfido consuelo
Que vierte la zozobra perenne del anhelo
Sobre la rima triste donde la pena canta.

Del pasado que llega mi languidez encanta
El recuerdo querido que trae á mi desvelo
Esa nota errabunda que vaga por el cielo
Como el arrullo suave de virginal garganta.

Y en la celeste esfera donde la luz fulgura,
De la aurora que nace la tímida ternura
A mi delirio dice con tintes de violeta,
Con ráfagas de oro y con pudor de rosa,
La inspiración extraña del alma del poeta
En medio de la noche desierta y silenciosa.

NUNCA

Nunca mi voz á perturbar se atreva
el grato sueño de tu alegre vida,
ni de mi humilde verso á tus oídos
llegue la queja.
Que en el silencio mi cantar se pierda
como mi dicha se perdió en tu olvido,
y que mi canto á tu placer no lleve
mi honda tristeza.
Que cuando pobre y solitario muera,
miemtras mi labio con fervor te nombre,
que mi agonía y mi fatal destino
tampoco sepas.
Y así más tarde, cuando en tu alma sientas
cruzar mi imagen que á adorarte viene,
quizás exclames vanidosa y fría:
—Me amó de veras.

A CYRANO

Del viejo Languedoc la flauta encierra
El canto del mistral en la colina,
El suave arrullo de la hojosa encina,
Y el áspero lamento de la sierra.

Cuantos rumores arrancó á la tierra
El soplo de la brisa vespertina,
A cuyo beso enamorada inclina
La flor el cáliz que al morir se cierra.

Todo el encanto inolvidable y triste
Que de la aldea y la canción lejana
Tras de los años y la ausencia existe,

Y la terneza que del suelo mana
De la Gascuña donde el eco oíste
De la voz armoniosa de Roxana.

ALBAHACAS

Tú eres aquel ramo silvestre y oloroso
de frescas albahacas
que llena á media noche de rústicos aromas
el aire de tu estancia.

Tú eres aquel ramo que tiene de la vida
la placidez lozana;
el aire de los campos, el canto de las aves,
el ruido de las aguas.

Tú eres aquel ramo que en sus menudas hojas
verdes y recortadas,
conserva emanaciones del húmedo terreno
donde bebió su savia.

Aquel que abandonado nació de la simiente
que vino entre las auras

á fecundar los senos de las ocultas tierras
yermas y solitarias.

Aquel que muchas veces de su sutil esencia
á tus promesas falsas
prestó las inquietudes y los punzantes goces
y las caricias ásperas.

Tú tienes como el ramo la juventud hermosa,
la libertad selvática,
el vagabundo aroma que la orfandad les presta
á las silvestres plantas,

El beso prematuro con que tiñó sus hojas
de tímida esmeralda
el sol de la campiña, cuando en las altas sierras
la aurora lo besaba.

Tú tienes como el ramo la soledad agreste
y la tristeza huraña,
y roban tus amores sus volubles ternuras
á tu misma desgracia.

Y lucen en tus ojos y tiemblan en tus labios
las fugitivas ráfagas
y los trémulos soplos de los furtivos besos
que inspiraron tu alma.

PENSAMIENTO

Es muy triste que siempre me suceda
Que, estando mi congoja al verso unida,
Logre medir el verso, y que no pueda
Hallarle nunca á mi dolor medida.

Al Sr. Nestor Carbonell

A LA ROSA

(HERMOSURA)

I

Para tu hermoso cuerpo de sonrosada nieve
Tendió su verde alfombra el prado florecido;
El ave enamorada su arrullo, tierno y breve
Como un furtivo beso, gimió en el seco nido.

Del cristalino arroyo la transparencia leve
Parece que en sus ondas los cielos ha fundido;
Y de la misma muerte á despertar se atreve
La vida exuberante del germen escondido.

El sol como el patriarca de los errantes astros
El infinito surca de luminosos rastros.
Y hasta en la misma tumba sobre la losa inerme

Parece que la vida bajo los sauces duerme.
Y hasta á los pechos tristes que en su dolor se anegan
Como una envidia alegre las esperanzas llegan.

AL LIRIO

(INOCENCIA)

II

Para adornar tu frente que la inocencia vela,
Vertió la tarde rayos de luz crepusculares;
En las azules ondas la blanquecina estela
Rizó la suave brisa sobre los viejos mares.

En el sereno lago la blanca luna riela
Destellos que dibujan profundos luminares;
Del alba en las corolas la lágrima se hiela,
Y hasta el naranjo triste se cubre de azahares.

La aurora sobre el cielo extiende su guirnalda;
La llanura gigante parece una esmeralda;
Las ramas retorciendo, del bosque en el retiro,

El árbol secular al viento da un suspiro.
Y hasta en el seno mismo de la conciencia yerta,
Como un temor á veces la castidad despierta.

A LA CAMELIA

(VOLUBILIDAD)

III

Para el fatal encanto de tu encendido seno
Retuerce sus sarmientos la vid embriagadora,
Y de las falsas aguas bajo el azul sereno
Sus perlas y corales el piélago atesora.

Del ponzoñoso insecto que oculta cruel veneno
Los élitros de nácar el cálido sol dora,
Y del marchito tronco y hasta del mismo cieno
Se yergue perfumada la venenosa flora.

En las oscuras simas, la impenetrable muerte
En vértigo el misterio de su poder convierte;
Y la indolente nube que en el confín se eleva

El huracán violento en sus entrañas lleva.
Y en las volubles almas donde el amor se olvida
Como un placer la pena en el engaño anida.

A LA AZUCENA

(MISTICISMO)

IV

Para tus claros ojos de tímidos reflejos
Tejió su enredadera la tierna margarita;
Y en las remotas playas cruzar se ve á lo lejos
Al ave mensajera que el tardo vuelo agita.

Como un cantar lejano de quejumbrosos dejos,
El viento á la arboleda sus penas le recita;
Los astros á la noche ofrecen sus festejos,
Y oculta sus temores la silenciosa cita.

Tras el desierto mudo que avanza al infinito
Se truecan las arenas en mármol y granito;
Y del vetusto árbol que lánguido se inclina

Perfuma en las heridas la pálida resina.
Y hasta la triste vida en su insaciable empeño
Parece que es la vaga inspiración de un sueño.

MI GUARDILLA

Desde que tú te has ido de mi guardilla
la visión de la muerte conmigo mora,
y tenaz y perenne la pesadilla
del miedo me persigue hora tras hora.

El temor que me causa mi pensamiento,
siempre fijo en la pena que me tortura,
y que sufre el amargo presentimiento
de la horrible desgracia de mi locura.

El temor que me causa mi cuarto triste
donde los viejos muebles, mudos y yertos
como espectros de un mundo que ya no existe,
tienen formas extrañas de séres muertos.

Es el temor al viento que ronco y frío
en la ventana sola su canto zumba
para arrullar tu lecho blanco y vacío,
triste y solemne ahora como una tumba.

Es el miedo al espacio donde el perfume
que de tu cuerpo emana perdido flota
y á mi espíritu en sueños lánguidos sume
de una mansión secreta, pura y remota.

La mansión del misterio donde te has ido
para poblar mis noches con las visiones
que entre sombras murmuran junto á mi oído
las plañideras notas de mis canciones.

ESTROFA MIA

Nadie querrá leerte, estrofa mía,
Porque el rigor de mi destino adverso
Solo ha dado á mi espíritu alegría
Para escribir únicamente un verso.

Fué aquel verso inmortal que yo hice un día,
Blando y sonoro, melodioso y terso;
Aquel con el que siempre conseguía
Estremecer su corazón perverso.

Era tal su contento y su ventura
Que en el tronco de un árbol esculpido
Por mi mano hace años, aún perdura;

Y aun cuando desde entonces yo he sufrido
Toda una eternidad, el árbol dura
Siempre lozano, verde y florecido.

OFRENDA

Para adornar tu pálida belleza
Ha escogido mi amor esta guirnalda
Tejida en el país de los encantos
Con sus flores más blancas.
Son las flores hermosas del anhelo
Que la existencia embriagan
Con el aroma vaporoso y suave
Del sueño y la esperanza.
Ellas traen en sus cálices rumores
De las remotas playas
Donde trémulas oyen las riberas
El canto de las aguas.
Y en sus níveas corolas
Y en sus formas extrañas
Parece que hay ternuras y caprichos
De un corazón que ama.

Para ofrecerte la guirnalda aquella
Ha aprendido mi labio estas palabras
En el triste país de mis amores
Y mi eterna desgracia.
Son las flores silvestres que han nacido
En la estepa del alma
Derramando el perfume venenoso
De mis rimas amargas.
Ellas traen en sus versos los rumores
De la canción lejana
Que las pérfidas ondas del olvido
Le dicen á la nada.
Y en su tímido arrullo
Y en su ternura lánguida
Parece que se escucha el ténue roce
De un beso y una lágrima.

PIEDAD

Yo soy el gladiador: cuando en la arena
á vuestros ojos humillado expire,
haced, señora, que al morir os mire
á mi desgracia, como siempre, agena.

No hagáis que sufra la indecible pena
de que mi muerte á vuestro pecho inspire
tristeza ó compasión. Que yo os admire
altiva como sois, lucir serena.

Que si una sombra vuestro rostro empaña
ó si se nublan vuestros claros ojos
y osáis llorar mi infortunada suerte,
ha de latir en mi sangrienta entraña,
como una burla cruel á mis despojos,
el triunfo del dolor sobre la muerte.

EL ESTANCIERO

A la puerta del rancho solitario,
recostado á las yaguas,
con las ropas deshechas
y entristecida el alma,
pensando en su miseria, el estanciero
de la labor descansa.

Al través de los campos silenciosos,
de la selva lejana,
con lentas timideces
el crepúsculo avanza,
sembrando sus tristezas en los surcos
de la faena diaria.

Allá en el horizonte, sobre el cielo,
de las trémulas palmas,
de las yagrumas tristes

y las viejas majaguas,
se recortan las copas gigantescas
negras y deformadas.

Y las sombras errantes por el llano
en las tupidas zarzas
parece que se esconden
más hondas y compactas.
En tanto que, rumiando, lentamente,
la perezosa vaca,

Al lánguido reclamo del ternero
que enchiquerado brama,
junto al corral se acerca
lamiendo las estacas,
impaciente y celosa de su cría
que su caricia aguarda.

Las medrosas gallinas, intranquilas,
se agrupan en las ramas
inmóviles y verdes
de una torcida guásima
que crece recostada á una solera
del techo de la casa.

Del ingenio cercano se oye el eco
de las voces que cantan,
la bulla y la alegría
y el tragín de la zafra,
el paso de los trenes, los silbatos
y el ruido de las máquinas.

Y luego que las sombras se ennegrecen
y los ruidos se apagan,
junto al fogón la perra
su única amiga, echada,
fija en él sus pupilas amarillas
que la noche dilata.

Y empiezan á cantar entre las yerbas
los grillos y las ranas,
y del cercano arroyo
se oye correr el agua,
y á lo lejos se escucha junto al monte
que los jíbaros ladran.

Y la perra infeliz, pensando acaso
en la fiera desgracia
y en las persecuciones
de su errabunda raza,
vuelve la vista al bosque y un aullido
melancólico lanza.

El estanciero entonces en el rancho
tiende la pobre hamaca,
y piensa en sus amores,
en su perra y su estancia,
y se duerme tranquilo con sus penas
y sueña que trabaja.

FLOR DE CRIMEN

Tú has sido siempre la adorada mía:
De mi existencia en los primeros años
Pensaba ya en tu amor y tus engaños
Llenos de melancólica poesía.

Soñé con tus encantos noche y día,
Y tus caprichos tétricos y extraños
Dieron á mi inocencia desengaños
Antes de conocerte todavía.

Te he dado mis purezas cuando niño,
Cuando amante te he dado mi cariño,
Te ofrezco de poeta mis canciones,
Mis lágrimas de artista te redimen,
Y, siempre para ti mis ilusiones,
De suicida también te doy mi crimen.

TU ESTRELLA

Sobre tu mustia frente de alabastro
brilla perenne el astro
que tus insomnios dolorosos vela
con su pálida luz azul y triste,
y sobre el mármol de tu seno riela
destellos del amor que me tuviste.

El astro que preside tu fortuna,
la romántica luna
que al través de las ondas siderales,
en las noches serenas del estío,
llevaba á tus ensueños virginales
la santidad del pensamiento mío.

El astro de mi amor que vive impreso
como el único beso

melancólico y casto que perdura
sobre tu frente lánguida y marchita,
luciendo eternamente la blancura
de su pureza eterna é infinita.

Sobre tu frente para siempre existe:
su luz azul y triste
en la vaga ansiedad de tus desvelos
sus resplandores místicos destella,
y vierte en tus nostálgicos anhelos
la claridad del beso de una estrella.

ROBUR

Ya no puedes, Dolor, en su abandono
Herir el pecho que ensañado heriste;
Ni tú, Deleite, embriagador y triste
Verter en mi ansiedad tu fiero encono.

El alma está serena. El bien pregono
Y la honda paz que en mi interior existe,
Y á tí mismo, oh Pecado, que me diste
El odio y la tristeza, te perdono.

Amor me escuda cariñoso y fuerte,
Y el Mal cobarde y la contraria Suerte,
Por más que velen en constante acecho,
No harán que llegue al corazón el daño;
Pues nunca podrá herirme sobre el pecho
Mi enemigo más pérfido: el Engaño.

PENSAMIENTO

De la flor de tus labios mariposa
Mi sutil y constante pensamiento,
Con la miel de tu habla cariñosa
Se embriaga en el perfume de tu aliento.

Y así embriagado mi cerebro abruma
Esta estrofa en que rima mi demencia
Un verso que perfuma
Y una flor con cadencia.

TU ALCOBA

I

En tu alcoba sin luz, callada y sola,
El cristal empañado del espejo
Refleja siempre fija la cortina
Inmóvil de tu lecho.
Tu lecho abandonado que aun conserva
El sagrado perfume de tu cuerpo
Y la suave tibieza de tus carnes
Y el rumor de tu aliento.
En la nívea blancura de las sábanas
Aun tiemblan tus cabellos
De tus convulsas sienes desprendidos
Al soplo de mis besos;
Y en la atmósfera helada,
Oculto entre las sombras y el silencio,
Flota el hálito triste
De algo que ya ha muerto.

II

En mi alma sin fe y sin esperanza
La congoja y el tedio
Abruman los instantes de mi vida
Con la estéril grandeza del desierto.
El desierto de cálidas arenas
Por donde avanza á solas y en secreto
El perezoso y pálido fantasma
De algún remordimiento.
En la extensa llanura entristecida,
Del horizonte en el remoto cerco,
Agonizan los tímidos susurros
De lánguidos anhelos;
Y en la quietud serena del espacio,
En la lejana inmensidad del cielo,
Sobre la muda soledad, se siente
Vagar el amor muerto.

ASTROLOGIA

Yo he visto tu mirada soñadora
Preguntando con cándida insistencia
Del espacio á la falsa transparencia
Cual es el astro que tus sueños dora.

Y yo he visto la luz blanca y traidora
Engañar de tu alma la inocencia
Brindándote con pérfida inclemencia
El astro que á la virgen enamora:

La estrella del amor y la fortuna,
La que vierte en los pechos una á una
Todas las esperanzas é ilusiones
Conque el ensueño la existencia embriaga,
Para matar los castos corazones
Cuando su luz la realidad apaga.

LA CASA VACIA

Si vieras qué triste tu casa desierta:
el viento, que azota las viejas paredes,
con voz plañidera
parece que canta de nuestros amores
y de nuestras penas
la historia que sabe tan sólo la luna,
la pálida luna que daba en tu reja
la noche en que á solas me quedé esperando
á que tú volvieras.

Qué triste está ahora la ventana aquella:
la sombra, más fría y oscura que entonces,
la envuelve en tinieblas,
y ruidos medrosos de insectos nocturnos
en sus frisos suenan.
Cigarras que entonan monótonos cantos,
salamandras que huyen con torpe presteza

y verdes lagartos que escalan sus hierros
su abandono velan.

En torno á la casa crecida la yerba
ahoga las flores que tú cultivabas,
y en la húmeda tierra
hoy crecen marchitas las plantas silvestres
que el aire envenenan
con pérfido aroma que exhalan las flores
nacidas del polvo de falsas promesas,
de vanos coloquios y mudas caricias,
de esperanzas muertas.

La gente que cruza temblando se aleja
al ver de tu casa ruinosa en los muros
que cubre la yedra,
posarse á deshora, fatídica y triste
el ave agorera.
Y la luna misma, la pálida luna
que alumbró tu casa con su luz más tierna,
opaca y velada parece que ahora
más pálida llega.

Tan sólo yo he vuelto, con honda tristeza,
trayendo mi alma lo mismo que entonces
de zozobras llena,
á cantarte á solas y á espantar el ave
de la suerte negra.
Aun vengo á brindarte mis últimos sueños,
el último encanto que mi vida alienta,
mi amor y mis versos, lo único tuyo
que ahora me queda.

PENSAMIENTO

Comprendo que ninguna me ha vencido,
Pues aunque vivo triste en mi abandono,
Si de ninguna la maldad olvido,
A todas, sin embargo, las perdono.

HOMENAJE

De Mme. Catulle Mendes

Sobre tu altar cubierto de musgo floreciente,
Amor, dueño infantil, voluble y cuidadoso,
Que me has predestinado para un vivir dichoso,
Acoje en mis ofrendas de Psiquis el presente.

He aquí mi cuerpo humilde, mi pecho que inocente
Aun más tesoros carga que un barco codicioso,
Ve mis ternuras regias y mi coraje hermoso
Y ve en mi faz secarse la lágrima naciente.

Yo á tí traigo del orbe la ebullición profunda,
Tu nombre reina siempre, no hay mal que él no confunda:
Es canto del silencio, silencio es en el ruido,
Misterio para el día, de noche astro encendido.
Y hasta la cruel mentira que tu poder infama,
Oh dios, ella no sabe jamás si miente ó ama.

EL ORGANILLO

Ahí viene el organillo,
el que al pueblo sencillo
con sus voces armónicas recrea
cantándole los aires de la aldea.
Es el triste coplero
que en sus entrañas tiene
la copla popular con que el obrero
su trabajo monótono entretiene.
De su arca pulida
la sonora madera
parece que repite enternecida
el canto que en la era
el labrador cantaba
cuando el árbol crecía
en la vecina selva y le escuchaba
y su canto aprendía.

Es el órgano errante
que del pueblo distante
una vieja tonada nos recuerda,
trayéndonos un eco en cada cuerda;
el que guarda en su seno,
como en un viejo nido,
un recuerdo de amor de quejas lleno,
como el canto del ave que se ha ido;
el cantor gemebundo
que va de puerta en puerta,
dejando como un rastro por el mundo
la honda nostalgia que su voz despierta;
el que en sus quejas vierte,
y con su canto evoca,
la tristeza infinita de la suerte
del pobre peregrino que lo toca.

Yo soy el organista:
porque al dolor resista
mi alma melancólica, yo toco
y del pasado la ternura evoco.
Yo canto las canciones
que le escuché á mi amada,
y despierto las viejas ilusiones
del alma de la dicha enamorada.
Como el órgano errante,
yo voy de puerta en puerta
recordando á la pena del amante
la triste historia de la amada muerta.
Y en mi espíritu cantan,
como en un viejo nido,
los recuerdos que á solas se levantan
la canción de la amante que se ha ido.

SOLO TU QUEDARÁS

*
* *

Pasará mi tristeza y mi alegría
y el ansia de la vida engañadora,
y la dicha fugaz que me enamora
ha de trocarse en realidad sombría.

Sólo tú quedarás. Y el alma mía,
trémula de piedad porque te adora,
más llena de tu amor en esa hora
solemne y funeral de mi agonía,

Presta á dejar mi enamorado pecho,
te buscará á mi lado, junto al lecho;
y antes que el monstruo de la muerte abra
su antro silencioso á mis despojos,
para decirte su postrer palabra
se asomará á mis labios y á mis ojos.

"Mais je m' en vais pardon, je ne peux faire attendre:
Vous voyez, le rayon de lune vient me prendre".

(Rostand, "Cyrano de Bergerac", Acto V, Esc. VI).

Es la hora de la muerte, la que es sola, la que es una,
la que es pálida y es triste como el rayo de la luna;
la que trémula se acerca y en el tiempo se desliza,
y en los labios y en los ojos, sobre el rostro que agoniza,
como un astro parpadea, se ilumina y se oscurece,
y en la nada se aniquila y en sí misma desparece.

Es la hora de la muerte, en que acaba la esperanza
y es la vida toda entera una triste remembranza.

En el cuerpo enflaquecido, que la fiebre debilita,
con sus alas impalpables el espíritu se agita,
y su sombra, transparente é invisible, sólo queda,
como un rastro de la vida. Es la sombra que remeda

del aliento y la mirada el postrer soplo que muere;
el postrer rayo de luz que el cristal opaco hiere
de los ojos, ya dormidos en la noche eterna y muda:
es la sombra del misterio, es la sombra de la duda.

Es la hora del delirio, en que todo se presiente,
y el pasado y el futuro se confunden, y el presente
es él solo, con su miedo, su tristeza abrumadora.

Es el último momento de la vida.... Y es la hora
en que el alma de la tierra y el engaño se desprende,
y la fe dulce y tranquila al espíritu desciende
á brindarnos la ternura de su amor y su consuelo,
como un rayo de la luna que nos llama desde el cielo.

---

*
* *

Hasta el lecho en que á solas cada noche
deliro con tu amor,
llega una voz amada que me dice:
—Despierta, que aquí estoy.

Despierto enamorado, y al instante
oigo la misma voz
que se aleja en el aire y que me dice
indiferente:—Adiós.

Oh, dime, amada mía, tú que sabes
mis sueños cuales son,
de esas voces secretas que me hablan,
cuál sueño de las dos?

EN EL HUERTO

(La Oración del Poeta).

Maestro, vengo solo. Debajo de tu olivo
aguardo hora tras hora el verbo paternal.
Por qué tú no me hablas? Yo soy un siervo altivo,
pero te ofrezco intacto mi corazón leal.

El sitio no me arredra: si hipócrita y furtivo
me besa entre las sombras un hálito glacial,
haré lo que tú hiciste, me entregaré cautivo
y seguiré tu Vía sereno hasta el final.

Después, cual tú, monarca de un reino prometido,
diré siete palabras de amor, perdón y olvido,
para rimar con ellas mis postrimeras preces;

Se secarán mis labios, y, siempre de ti en pos,
en el amargo cáliz que á mi fervor ofreces
apuraré las ansias agónicas de un Dios.

ÆGRI SOMNIA

Qué cruel aquella noche. Mi adorada
en el lecho acostada,
entre las níveas sábanas envuelta,
la cabellera suelta
y errante la mirada,
el tétrico fantasma parecía
de un extraño delirio,
que la próxima hora presentía
de su fatal martirio.

De su alma voluble é inclemente
los enfermos antojos
vertían lentamente,
en su pálida frente
y en sus azules y profundos ojos,
esas mudas y amargas transparencias
de los mares serenos

que ocultan monstruosas existencias
en sus diáfanos senos.

En sus rosados labios entreabiertos
morían los inciertos
y falsos juramentos olvidados,
de su alma arrancados
por los hálitos yertos
que el pasado exhalaba en su memoria,
despertando el dormido
recuerdo doloroso de la historia
de su ideal perdido.

El engaño perenne de su vida
tras la desconocida
y pálida visión de un vago sueño,
y su incansable empeño
en pos de la perdida
y secreta ilusión de su inocencia,
de honda melancolía,
de miedo, de ansiedad y de inconsciencia,
su rostro circuía.

En tanto que del fondo de su pecho,
del encanto deshecho,
de su congoja y su mortal angustia,
brotaba la flor mustia
que sobre el triste lecho
donde, aterida, sin querer temblaba
de soledad y frío,
el áspero perfume derramaba
del venenoso hastío....

Si vuelve aquella noche á nuestro lecho,
no temas: que en mi pecho
recostada tu lánguida cabeza,
de la negra tristeza
de nuestro amor deshecho,
forjaremos un lazo con que una
por siempre nuestras vidas
el rayo cariñoso de la luna
que alumbra á los suicidas.

EXOTICA

Quienquiera que seáis, oh amigo mío,
Id á la tierra en que mi amada mora:
Es el país donde tejió el hastío
La exótica enramada de su flora.

Allí, bajo los cálices gigantes,
La hallaréis en su ensueño sumergida,
Embriagada quizás por los punzantes
Aromas de una flor desconocida.

Vos sabréis que es mi amada, porque en vano,
Siempre que duerme, en angustioso empeño,
Tiende al espacio una graciosa mano
Como queriendo aprisionar su sueño.

Despertadla y veréis cuánta ternura
Lleva aquel seno encantador consigo.
Pero tened cuidado, que es perjura....
Y también engañó á mi falso amigo.

TUS CANCIONES

Qué tristes serán las horas
en que te acuerdas de mí,
cuando pienses que yo fuí
el que sus rimas sonoras
á tu reja,
como la doliente queja
de sus angustias amargas,
te cantó en las noches largas,
tristes y oscuras de invierno,
temblando de amor y frío,
para disipar tu hastío
con su canto dulce y tierno.

El que en la noche desierta
errabundo peregrino
oculto en las sombras vino

á cantar junto á tu puerta
sus amores,
como aquellos trovadores
de los tiempos medioevales,
que en las noches estivales
les cantaban sus querellas
melancólicas y altivas
á sus amantes cautivas,
á la luz de las estrellas.

El que una noche de luna,
de dulce confianza lleno,
se durmió sobre tu seno
soñando con la fortuna;
el poeta
que de su ilusión secreta
y de su existencia errante,
soñando que era tu amante,
de la noche en la honda calma,
derramó en su desvarío
sus versos como un rocío
en el cáliz de tu alma.

El que á tu existencia unido
sufrió tu propio quebranto,
y ha llorado el mismo llanto
que tus ojos han vertido.
El artista
del verso decadentista
perfumado con tu aliento,
tibio como el pensamiento

de nuestras febriles sienes
cuando en íntimas torturas
yo lloraba mis ternuras,
tú llorabas tus desdenes.

El hermano que en tu lecho
veló tu sueño intranquilo,
el huérfano que dió asilo
á tu orfandad en su pecho,
el proscrito
que en las sombras del delito
encontró la compañera
extraña cual la quimera
triste de su fantasía,
y en su místico embeleso
la redimió con un beso
lleno de melancolía.

Verdad que piensas en mí?
verdad que sufres ahora
la nostalgia redentora
de aquel beso que te dí;
que tu pena
honda, tranquila, serena,
en tus goces escondida,
entona la repetida
y monótona querella
de la copla errante y triste
que de mi labio aprendiste,
sin querer, la noche aquella?

Es verdad: tu ronco acento
melancólico recita
la blanca estrofa marchita
que engendró mi pensamiento
con la angustia
de un alma voluble y mustia,
el alma de mis cantares,
la de los hondos pesares,
aquella que yo te dí,
tierna, cruel y soñadora,
para que cantes ahora
cuando te acuerdes de mí.

FLOR DE HASTIO

Oh dueña de mi amor, vuestros antojos
en mi constancia encontrarán sosiego.
Á daros esta flor como antes llego,
y como antes os la doy de hinojos.

Ella nació en mi pecho sobre abrojos,
ha germinado de mi amor al fuego,
y ha crecido lozana bajo el riego
del llanto más sentido de mis ojos.

Pero es vuestra no más, es vuestra sola;
sin color ni perfume su corola
vierte en mi pecho la profunda calma
que tiene ahora el pensamiento mío,
pero vos la sembrásteis en mi alma,
y es vuestra nada más mi flor de hastío.

HORTORUM DEUS

(TRADUCCION DE J. M. HEREDIA)

I

Olim truncus eram ficulnus.

HORACIO.

No te acerques! Prosigue! Ve de largo, viajero.
Insidioso pillastre, que quieres, imagino,
Hurtar las aceitunas, la uva y el pepino
Que el sol bajo las frondas madura en mi frutero.

Yo aquí vigilo: á golpes de su rústico acero
Del tronco de una higuera tallóme el campesino.
Búrlate del artista, mas piensa, peregrino,
Que Príapo pudiera quizás vengarse fiero.

Ha tiempo que en las proas de las alegres naves
Me alzaba, enrojecido, gozoso de las suaves
Caricias de las ondas ó de su embate airado;

Y vil guardián ahora de coles y agraceñas,
De los merodeadores defiendo este cercado....
Y no veré más nunca las Cícladas risueñas!

II

Hujus nam domini colunt me Deumque salutant.

CÁTULO.

Respeta, oh Caminante, si temes á mi celo,
Este techado humilde de juncos y espadaña.
Allí, junto á sus hijos mora un robusto abuelo;
Es el señor del huerto que el claro arroyo baña.

Él es quien ha elevado en medio de este suelo
Mi emblema que de un tilo labró en la dura entraña;
Para él no hay otros Dioses, y así yo solo velo
La huerta que él cultiva y la florida braña.

Son unas pobres gentes devotas y groseras.
Por ellos, las violetas y las adormideras
Me adornan, y las verdes espigas de cebada;

Y dos veces al año ha siempre el altar rudo
Bebido, del colono bajo la hoz sagrada,
La sangre de un cabrón impúdico y barbudo.

III

Ecce villicus
Venit....

CÁTULO.

Ojo al perro y al lazo, maldecido ratero!
Yo cuido estos lugares, y no quiero que bajo
Pretexto de que vienes por un diente de ajo,
Desgranes mis racimos y robes mi frutero.

Á más, desde las mieses del campo segadero
El colono te observa; si deja su trabajo
Y viene, tu costilla, de un Dios hecho de un gajo
Sabrá el poder, al golpe de un brazo justiciero.

Toma pronto el camino que á tu izquierda se ofrece,
Sigue hasta el fin del seto do aquel abedul crece,
Y aprovecha el consejo que á tu oído murmura:

Un Príapo negligente vigila aquel cercado;
Mira el huerto vecino donde en el emparrado,
Del pámpano á la sombra, la uva se madura.

IV

Mihi corolla picta vere ponitur.

CÁTULO.

Entra, pues! mis pilares de nuevo están blanqueados,
Y bajo mi enramada donde el sol se desliza
Son más dulces las sombras; los aires, perfumados;
Y abril la húmeda tierra con su verdor tapiza.

Cada estación que llega, de cálices rosados,
De uvas, aceitunas ó espigas me matiza;
Y la leche del alba la chiva en los tinados
Aun me ofrece en la teta de su ubre rolliza.

El amo del cercado me honra por mi celo:
No hay huerto más guardado que este que yo velo;
Jamás zorzal ó pillo por esta viña asoma.

Los hijos son hermosos y la mujer es buena,
y el hombre, por las tardes, entre sus manos suena
Los dineros de plata que trae desde Roma.

V

Rigetque dura barba juncta crystallo.
DIVERSORUM POETARUM LUSUS.

Oh, qué frío! Los pámpanos la escarcha ha emblanquecido.
Yo velo, al sol aguardo, porque sé la hora exacta
En que el alba enrojece las nieves del Soracta.
De un Dios agreste el hado es triste. Aquí aterido

Y solo, ha veinte inviernos que este cercado cuido.
El hombre es cruel. La barba tengo hirsuta y compacta,
Mi vermellón se pierde, mi cuerpo se retracta
Y agrieta, y de gusanos temo estar carcomido.

Si fuera yo un Penate ó un simple Lar siquiera!
Risueño, alimentado, pintada mi madera,
Harto de miel y frutas, circundado de flores,

Cerca de los abuelos que la cera simula
Me haría viejo, y los hijos, cuando fueran mayores,
A mi cuello honorado colgarían su bula.

FE DE ERRATAS

Página 25, línea 15, dice:
Me *hablan* de los cándidos amores de una virgen difunta,
Debe decir: *habla*

Página 123, línea 8, dice:
Y ve en mi faz secarse la lágrima *naciente.*
Debe decir: *reciente.*

INDICE

POESIAS

Páginas

Páginas

